

NOTAS NOTAS

SOBRE LA POPULARIDAD DE BOQUITAS PINTADAS

148

De *Boquitas pintadas* Manuel Puig ha dicho que es un "folletín con el cual, sin renunciar a los experimentos estilísticos iniciados en mi primera novela, intento una nueva forma de literatura popular". En la realización de este intento se implican ideas a cerca de la literatura como arte de lo "popular" que importa sacar a la luz para juzgar sobre su buen o mal éxito. Tomando como referencia sólo *Boquitas pintadas*, el arte literario básicamente consistiría —para Puig— en la búsqueda de nuevas formas y/o combinaciones formales y de medios lingüísticos nuevos y/o en el aprovechamiento renovado de modalidades verbales sean o no literarias. Dentro de igual contexto, "popular" denotaría no lo relativo al pueblo (término siempre vago, por lo demás) sino aquello que el público prefiere, lo que goza de popularidad. Referido a la literatura, el adjetivo hay que entenderlo como alusivo a productos difundidos por los *mass media* entre un público heterogéneo, hechos a la medida de lo que se estima un gusto promedio. Así, el autor asume que hay una contradicción entre lo popular y lo experimental, entre obras de vanguardia y productos predigeridos para consumo masivo, y expresa su propósito de superarla. Creamos en los propósitos de Puig y veamos si los logra en *Boquitas pintadas*.

El libro pretende hacerse asimilable por el público de los circuitos comerciales de la foto, la radio o la telenovela recurriendo a una historia tramada con lugares comunes relativos a ilu-

siones y desdichas de amor, adherida a valores sociales convencionales y dramatizada por los obstáculos y condicionamientos que el orden establecido y el "destino" ponen a la satisfacción de los deseos o a la consecución de una rosada felicidad; es decir, en virtud de una historia que, aparentemente, contribuiría a canonizar un comportamiento vital radicado en la resignación y la falsía. Pero aunque presentado como un folletín, el libro posee no sólo valores técnico-formales y una estrategia narrativa inusuales en el género dentro del que declarativamente se inscribe, sino una visión estructuralmente crítica del mundo a que se refiere, visión que acierta a transmitir mediante una coordinación de representaciones y signos que configuran un sistema comunicativo dependiente de la organización y la interrelación global de los diversos elementos que lo constituyen. Porque *Boquitas pintadas* no es solamente la historia banal de Nené, Juan Carlos y sus relacionados. Más allá de esas anécdotas su tema es la inautenticidad de ciertos modos de vivir, la alineación a lo socialmente establecido como bueno, sano o deseable y las frustraciones íntimas que acarrearán tanto la sujeción al orden impuesto cuanto su escondida transgresión. Por cierto, Puig no verbaliza ese tema; se limita a poner en marcha el relato sin interferir con él y es la forma del relato la que sitúa al lector en aptitud de ver lo que el autor está viendo, el revés de su trama. Esa forma es la que traza una mirada ubicua objetiva, proyectada desde una posición superior sobre un pequeño mundo e inclinada más que a la compasión a la sonrisa,

NOTAS NOTAS

Esa mirada, esa sonrisa a la vez comprensiva y burlona, son los únicos rastros personales del autor en su obra. Reduciéndose al mero papel de un informante, más que narrar prefiere conducir al lector a las fuentes inmediatas de información sobre los hechos y su naturaleza: le pone ante los ojos cartas, atestados policiales, recortes periodísticos, álbumes de fotografías, diarios íntimos; lo lleva a ver los lugares de la acción no cuando esta ocurre sino en una suerte de inspección ocular; le hace leer pensamientos, oír conversaciones y secretos de confesionario; le proporciona, en fin, todos los elementos para una historia que a través de ellos se va recomponiendo en fragmentos que, puestos en su lugar, la dan a conocer cabalmente. En todo el proceso informativo que constituye el libro, cada elemento habla con la voz que le es propicia. Muchas de sus páginas son, así una imitación que procura ceñirse a modelos extraliterarios elegidos con ánimo paródico, ánimo que genera un distanciamiento del modelo y distingue al libro en su conjunto de los objetivos verbales incorporados que lo integran.

Esa parodia, hecha a expensas de una determinada condición cultural, se hace especialmente significativa en la entrega décimo-tercera, único lugar donde el libro se permite una imitación del lenguaje del folletín (paralela a la imitación de un capítulo de radioteatro insertado en la acción) y único sitio, también, donde se admite la irrupción de la procaecidad (en boca y gesto de Mabel), hecho que, por el violento contraste que establece con la escritura general de la obra,

destaca hasta qué punto esa escritura ha asumido las reticencias, los eufemismos, los tabús de un habla que no debe nombrar directamente lo que no es digno de aprobación social. Lenguaje de doble fondo, el de *Boquitas pintadas* dice sin decir (primer diálogo entre Pancho y Mabel) o habla para encubrir (carta de Nené 12-8-47); es un lenguaje a descifrar no tanto por claves léxicas y sintácticas, sino en confrontación con un complejo de antecedentes y circunstancias, matices de voz, gestos incontrolados y algunas otras traiciones emotivas a la mendacidad.

Por su parte, las cosas (muebles, adornos, vestidos, comidas...) adquieren en este libro una especial función significativa: están ahí para hablar de sus dueños, para sobreenformar acerca de su condición. En este sentido se desempeñan como signos, pero signos para leer según un código extraño al de los dueños. Es decir, transmiten un mensaje sobre una situación cultural y social dirigido a quienes pueden evaluar esa situación desde otra que se considera superior. (Por ejemplo, las fundas que a sus muebles quita y pone Nené carecerían de connotaciones para ella si encontrara ese proceder en un libro, pero no para quienes desdeñan esa preocupación por inelegante o vulgar). La objetividad de *Boquitas pintadas* tiene claros objetivos puestos en evidencia por la dirección preferentemente en que orienta la mirada del lector. De un lector que el autor elige distinto a sus personajes, quienes no podrían interpretar el tejido de significaciones que se acaba de señalar ni el sentido paródico de ciertas imitaciones

NOTAS NOTAS

por tratarse de elementos a los que en su mundo se les confiere un valor que no es pintoresco ni negativo. Las cosas, pues, como comparsa de los elementos principales, subrayan, reiteran un mundo, el que la novela de Puig tiene por finalidad representar: no el falseado del folletín sino el estrecho y alienado en que se supone, vive la mayoría de los lectores reales o virtuales de folletín.

150

Como puede advertirse, el libro no sólo es completamente ajeno a los propósitos de excitación sentimental que caracterizan al folletín, sino que presenta una serie de niveles en todos los cuales lo que se entiende por folletín aparece en vez de asimilado negado. Inclusive su trama argumental —único reducto de lo folletinesco— está impregnada de ambigüedad: parodia aquello que trata, busca halagar a un público pero dirige a otro su complejo significativo, cuenta una historia que se eleva sobre sí misma e importa menos en cuanto tal que como pretexto para acercarse a un mundo y mostrar a sus gentes enterrando en su descompuesto corazón lo que no se atrevieron o no pudieron vivir, los actos que realizan y piensan que no debieron realizar porque es así como debe pensarse. A través de los distintos enfoques que se han venido esbozando es posible notar que todo en *Boquitas pintadas* remite a su estructura; bajo cualquier lectura su forma se propone como sustancia y clave, se hace inseparable de cualquiera de sus posibles sentidos. Esta integración inscribe la novela en el campo de la literatura, del arte.

La condición artística del libro resulta de algún modo favorecida, puesta en relieve por su presentación como folletín, a partir de la cual genera un juego dialéctico entre esa pretendida naturaleza y la literatura. El hallazgo de estilemas de Joyce o del *nouveau roman* aplicados a una historia folletinesca provoca una sorpresa que es parte del atractivo que encierra el libro, atractivo que se hace mayor cuando se percibe que esos estilemas no sólo brillan por el contexto en que se dan sino por el uso irónico y desenfadado que se les da. De este modo, la contradicción señalada entre los términos “literatura” y “popular” se resuelve en un diálogo que termina por negar el folletín, es decir, su cebo mismo para la popularidad. Está claro que la novela se propone para un consumo a dos niveles: el de los lectores del argumento y el de los lectores de la estructuración de los significantes. La desproporción entre ambos, y más aún el código fundamental de la obra, descifrable, se ha visto, desde una cultura que no suele ser la de los lectores de folletín, escinden esos dos niveles que debieron fundirse en un cuerpo unitario. *Boquitas pintadas* resulta ser un producto Kitsch al revés, pues se ofrece como algo distinto de lo que es pero resulta ser más de lo que se le ofrece. Y ese *plus*, que es en realidad el verdadero *corpus* de la obra, está destinado a un público no popular —al menos en el sentido expuesto inicialmente— a un público al que el disfraz de folletín que adopta la novela le proporciona una fruición especial. Puig, pues, no logra (¿es que de verdad lo intenta?) ningún nuevo

NOTAS NOTAS

tipo de literatura popular. Peor aún, de ninguna manera podría lograrlo por el camino elegido, desde que si a nivel de la trama su libro admite un consumo de folletín, éste podría sólo darse dentro del sistema de lectura de los consumidores de folletín. Dicho de otro modo: el libro, de alcanzar popularidad, la alcanzaría por lo que narra en su aspecto más banal, no por la factura artística en que el autor —y la obra misma— funda su valor. Y así la contradicción queda irresuelta, pues no se trata de que un sector “popular” y otro cultivado lean un mismo libro, cuando a despecho de esa identidad física uno lee en él el folletín y otro la literatura.

Abelardo Oquendo

Manuel Puig: *Boquitas pintadas*. Buenos Aires, 1969. Editorial Sudamericana, 244 págs.

CRACKERS *

Uno de los libros más interesantes y curiosos publicados recientemente en California (USA), es *Crackers*. Su autor Edward Ruscha, antes de publicarlo se asesoró con los mejores cocineros del mundo para obtener, después de prolongadas prácticas de alquimia culinaria, una original y excelente receta. No sabríamos como catalogar a este raro espécimen, sería difícil pretender estudiarlo a través de los manuales escolares de preceptiva, ya que sería preferible ahondar más en la cocina anglosajona, regada con los mejores vinos del Rhin. Ligando además, esta tradición añejada, a los avances de la tecnología, que

permitan la preparación de este succulento y atractivo manjar.

“*Las Galletas*” del pintor Edward Ruscha, comienzan a relatar a través de sus secuencias fotográficas, una historia absurda; la interrupción voluntaria de un acto amoroso, a cambio de algo aparentemente más trascendental, como es en esencia el resultado previsto por el autor, de alcanzar el máximo placer derivado de las galletas. El humor presente en las secuencias fotográficas, realizadas por Ruscha, con el concurso de fotógrafos profesionales, pintores y actores, es quizás algo que surge como un producto refinado de una sociedad en crisis como la norteamericana; donde se erigen dudosos valores, llenos de significaciones y extrañas referencias a través de una estimulación agresiva y distorcionadora, dirigida a estimular apetitos a otros niveles.

151

La historia visual presentada es una historia para *gourmets*; comienza en un supermercado californiano, cuando Larry Bell (El Hombre), en su carro selecciona las legumbres y los ingredientes necesarios para su experiencia culinaria. La recomendación que el autor hace antes de comenzar a preparar el manjar a degustar, es la siguiente: “*El elemento más importante para derivar el máximo placer de las galletas, es la escogencia de una compañía que nos ayude a gozarlas. Debe ser alguien que Ud. admire, una hermosa mujer elegante y acostumbrada a la sofisticación*”.

Luego vemos a Larry Bell, llevando los ingredientes para la preparación